

Autor: Abilio Ayuso

NANCY

Ilustrador Ronny Bravo



¿Puede la típica rubia americana, inocentona pero inteligente, convertirse en veinticuatro horas en una bestia sanguinaria, aunque sin dejar de ser ella misma?. Este thriller, apto solo para estómagos fuertes, nos da la respuesta.

+18

Era el prototipo perfecto de la rubia americana: exuberante, ojos azules, algo tetuda, y... No podía decirse que tonta, porque sus notas en el instituto habían sido buenas, pero poseedora de un entusiasmo, un candor y una ingenuidad que hacían que pasara por serlo.

También sus padres habían sido un producto típico americano, pero cada uno el reverso del otro.

El padre, fallecido hace poco, el típico sheriff de pueblo, práctico y expeditivo, un buen hombre, eso sí, pero con el que más valía no enfrentarse.

La madre, un clon de la Nancy actual pero con veinticinco años más, o al revés.

Ante dos puntos de vista tan dispares, ya de pequeña, prefirió adoptar el de la madre, que le presentaba el mundo como un lugar almibarado y maravilloso, en el que puede haber tal vez algún “malo”, de la misma forma en que una mota de polvo cae sobre una sábana recién lavada, pero para eso está la policía, porque si no ¿Qué podrían hacer los pobrecillos policías?.

Aunque hacía tiempo que la chica se había independizado y tenía su propio apartamento y negocio, los domingos seguía acompañando a su madre a la iglesia luterana, donde escuchaba atentamente los sermones del pastor.

Aun recordaba perfectamente los tres últimos que le habían dejado huella.

Uno hablaba de las supersticiones, que no eran otra cosa que puro paganismo, la Biblia lo dejaba bien claro, así que pensar en la mala suerte de un salero derramado o un gato negro, era pura y llanamente pecado.

El otro versaba sobre la venganza y la violencia que conlleva, el cristiano que se levanta contra su agresor es tan perverso o más que él, que tal vez no tuvo la fortuna de una educación religiosa.

Pero el que más le había impresionado fue el de la semana pasada, en el que, el pastor, con toda vehemencia explicó que, en el advenimiento de Cristo, toda muchacha que hubiera perdido la virginidad fuera del matrimonio sería directamente condenada a las llamas del infierno.

Cuando finalizó, una mujer apuntó tímidamente: “Pero si una chica ha sido forzada no tiene culpa...”, a lo que el pastor contestó airadamente que siempre existe una causa directa o indirecta, como transitar por un lugar poco recomendable, o frecuentar compañías dudosas, o vestir una indumentaria provocadora.

Por otro lado, su padre había renunciado hace años a convertirla en una persona práctica que supiera defenderse en la vida, y más cuando tras el divorcio, su hija adolescente manifestara el deseo de vivir con su madre.

Aunque eso sí, como hija modelo que era, visitaba a su padre como mínimo una vez por semana.

Fue en una de esas visitas cuando él le confesó que le habían detectado un cáncer Terminal.

Evidentemente su exesposa al saberlo no perdió la ocasión de insinuar la posibilidad de un castigo divino por no haber llevado una vida en el seno de la iglesia.

Pero, aunque Nancy siempre comulgaba con los pensamientos de su madre, en esta ocasión discrepó en su fuero interno, ya que su padre, aunque no acudiera a los oficios y fuera rudo y severo, era un buen hombre y un padre ejemplar que siempre se había preocupado por su familia, y al fin y al cabo también había fallecido por cáncer hace poco un miembro ultra religioso de la congregación, aunque en esta ocasión dijeron: Que Dios había llamado a un santo a su seno.

En aquella visita el hombre visiblemente emocionado, le dijo: “Hija mía, voy a marchar con la pena de no poderte seguir protegiendo, no puedes ignorar que te has librado de muchos percances porque la gente sabe quién es, y como es tu padre. Ahora que no estaré, solo voy a pedirte un favor, lo único que te habré pedido en la vida, y es que aprendas un... Llamémosle deporte, luego úsalo o no si quieres”.

La muchacha prometió que lo haría y quedaron para la semana siguiente.

Lo primero que hizo el viejo cuando se reencontraron fue explicarle: “Esta casa la heredarás cuando yo muera, no la vendas, al fin y al cabo, no vale gran cosa porque sus encantos están ocultos. Sin embargo, tú siempre podrás acceder a ellos, porque presionando este ladrillo de la fachada se libera y aunque parezca un simple ladrillo suelto, en esta rendija lateral encontrarás una llave maestra que unida al código de tu fecha de nacimiento te permitirá entrar”.

Luego le mostró el garaje donde aguardaba un sólido todo terreno.

“Es como yo viejo pero fuerte, nunca te dejaré tirada. Este cable permite que la batería se recargue con una línea directa que sigue activa, aunque cierres el conmutador general de la casa, ahora te mostraré la joya de la corona”.

Bajaron al sótano que estaba tan destartado y cochambroso como siempre. Nancy no comprendía que clase de joya podía guardar allí pero enseguida lo averiguó: “Mira cariño, tú has bajado muchas veces a este sótano, pero ignoras que hay un subsótano casi imposible de encontrar si no sabes lo que buscas ni como abrirlo”.

Una vez abierta la trampilla oculta, descendieron por la escalerilla vertical y cuando su padre encendió la luz Nancy no pudo contener una exclamación.

Se encontraban en una verdadera galería de tiro con armarios repletos de armamento de todo tipo y complementos de lo más sofisticado, como gafas de visión nocturna, cuerdas, garfios, monos negros, Etc.

Allí había material para organizar una guerrilla. Por un lado, le admiraba el orden y la eficiencia con la que su padre había organizado aquello, pero hubiera preferido que, en lugar de armas, hubiera coleccionado trenes eléctricos.

“Pero papá ya sabes que mi religión...”.

“Alto, no te voy a pedir que uses un arma contra nadie, pero disparar a una diana es un deporte y no es pecado, solo te pido que aprendas el uso y luego te olvides de ellas si quieres. Esta colección la he reunido gracias a mis años como sheriff, y lo bueno de estas armas es que no tienen identificación alguna, en ningún archivo del mundo podrían cotejar un disparo efectuado con alguna de ellas con otros anteriores”.

A regañadientes, pero lo hizo, aprendió lo más rápido y mejor que pudo porque era la última voluntad de su padre, y porque era cierto que hacer puntería en una diana no podía considerarse pecado si no se tenía intención de lastimar a nadie.

Pronto fue una experta en montar, desmontar, recargar, disparar a blancos fijos y móviles, no dejar huellas, etc..

El último día su padre le dijo: “Hoy te voy a mostrar el arma más peligrosa de todas, no debe usarse más que en caso extremo”.

De un pequeño panel en la pared extrajo una bolsa negra que al abrirla mostró docenas de bolsitas transparentes que contenían polvo blanco.

“Cocaína pura, en el mercado negro valdría más de un millón de dólares, evidentemente no la tengo para comerciar con ella, porque eso va contra

mis principios, pero ante un apuro grave, este polvo blanco puede mover montañas”.

Cuando su padre falleció Nancy pensó que el pobre hombre había perdido el tiempo con ella, porque jamás utilizaría lo que había aprendido, pero estaba satisfecha porque el viejo sheriff había muerto tranquilo pensando que su hija sabía defenderse.

Recordaba que cuando en alguna ocasión habían polemizado sobre las ideas del reverendo, su padre había finalizado la conversación diciendo: “Mira nena, si existen hombres como el reverendo es gracias a que existen hombres como yo, porque de no ser así ya le habrían robado, saqueado la iglesia y posiblemente matado, aunque solo fuera por diversión”.

Se acercaba una de las épocas del año que más agradaban a Nancy, la Navidad.

Le encantaba el ambiente, las calles, los comercios engalanados, y la música.

Además, pensaba que en ese período la gente acostumbraba a ser más buena que de costumbre.

Por otro lado, sabía que en esas fechas, su coquetona tiendecilla, bien situada en el casco antiguo, vendería más del doble que de costumbre.

Por ese motivo era una verdadera adicta a todo aquello que tenía sabor navideño.

Aquella mañana, ella y su socia habían madrugado exageradamente para tener su tienda engalanada a la hora de apertura.

Todavía era de noche y las calles estaban desiertas, cuando Nancy ya se había vestido de “Mamá Noel”, con su gorrito, sus botas, faldita corta y corpiño, todo en rojo rematado en suave piel blanca.

Primero comenzaría por la fachada, luego el escaparate y por fin el interior.

Al desembalar las cajas de ornamentos, vio una con su rótulo anterior tachado y la palabra NO, escrita con grandes caracteres.

Como ella solo hacía unos meses que se había integrado en el negocio, tuvo que preguntarle a su socia el motivo de aquella negación.

La muchacha se quedó un rato pensativa y dijo: “Es una figura de Papá Noel, iba colgada en el gancho que hay arriba de todo en la fachada, pero no debemos colocarlo”.

“¿Por qué, está estropeado?”.

“No, no es eso, sé que te vas a reír de mí, pero la verdad es que trae mala suerte”.

Nancy recordó el sermón de las supersticiones en su iglesia y abrió de inmediato la caja ante el disgusto de su socia.

Frente ella tenía una figura de Papá Noel, muy bien elaborada en cerámica hueca y pintada con vivos colores. La única peculiaridad era el rostro de la figura, que mostraba una sonrisa maliciosa que hubiera sido más apropiada para un gnomo que para el representante del espíritu navideño.

Nancy fue tajante: “Lo siento, pero yo no puedo plegarme ante la superstición y el paganismo, pienso colgarla en su sitio te guste o no”.

“Como quieras, pero no cuentes conmigo para nada, yo estaré en el almacén y ya te apañarás”.

Dicho y hecho, tomó la escalera de tijera, sacó la figura de su caja y se dispuso a colgarla, pero no era tan fácil, porque el gancho estaba muy alto, y a partir de un punto la escalera ya no presentaba apoyo alguno.

Pero era una chica decidida y no pensaba darse por vencida, así que puso un pie en el final de la escalera y otro en el borde de una ventana. Estaba en una posición inestable, sin sujeción y con las piernas abiertas apoyadas en distintos lugares, pero serían solo unos segundos, o eso creía ella, porque el gancho de sujeción del muñeco era minúsculo y ensartarlo en la alcayata de la pared podía ser tarea de malabaristas.

Nunca sabremos si realmente la figura traía mala suerte, pero fue una nefasta casualidad, que mientras Nancy se encontraba encaramada en aquella posición inestable, con las piernas abiertas, en una calle desierta, acertara a pasar un obseso sexual.

Individuo feo y repulsivo que transitaba las calles en aquellas horas intempestivas intentando atisbar por alguna ventana cualquier muchacha que hubiera dejado alguna rendija abierta en la persiana.

Al ver a la chica en aquella postura y de cara a la pared, el energúmeno se sintió como si le hubiera tocado la lotería.

Mientras ella se esforzaba en colgar la figura, se acercó sin ruido hasta quedar bajo suyo, contemplando sus bragas como aquel que ve un milagro, pero en el momento en que Nancy dijo: “Lo conseguí”, supo que su tiempo se había acabado y decidió jugar sus cartas a una sola baza, alargó su mano hasta pellizcar aquellos labios vaginales que se insinuaban bajo la braga, mientras le gritaba una obscenidad.

Para Nancy fue como si le picaran mil escorpiones a la vez. Se olvidó de donde estaba y saltó como impulsada por un resorte, cayendo como una marioneta rota y quedando inconsciente al golpearse en la cabeza con un peldaño de la escalera.

El primer temor del obseso era que se hubiera matado, pero una vez comprobó que respiraba, pasó rápidamente a la acción antes de que pudiera llegar alguien.

Le arrancó las bragas de un tirón oliéndolas como si fuera el perfume de los dioses, le desabrocho la chaquetita y el corpiño, cortó con su navajilla el sujetador, y cuando estaba sobando sus pechos lo oyó: Era el run, run de un motor.

Un furgón asomó lentamente el morro por la esquina. Con una agilidad fruto de mil fugas huidizas, aquel cerdo ganó la siguiente bocacalle en tres saltos y se perdió en la noche.

Dentro de aquel furgón destartalado, tres individuos de dudosa catadura comentaban la jugada, uno era negro como el betún, otro pelirrojo como el fuego, y el tercero de rasgos inequívocamente magrebíes.

Vivían de la recogida de chatarra, acompañada de pequeños hurtos y algún asalto si se terciaba.

El moro estaba recriminando a los otros la idea de patrullar aquellas calles en la madrugada: “So gilipollas, que os pensabais, ¿Que al llegar la Navidad la gente iba a tirar los regalos del año pasado a la basura?, ¿O que Papá Noel os iba a dejar un regalito en estas callejuelas?”,

En un par de justas maniobras doblaron la esquina y entonces la vieron.

El pelirrojo fue el primero en reaccionar exclamando: “Papá Noel puede que no, pero mamá Noel se ha dejado como regalo a ella misma”.

Eran oportunistas como las aves de rapiña, pararon delante de la inconsciente Nancy y en treinta segundos la habían depositado en el suelo del vehículo que rápidamente se perdió entre las callejuelas.

El negro era realmente un hombre práctico, así que les dijo a los otros: “No tengo ni idea de que hacía allí medió desnuda y desmayada, lo que sí se es lo que le voy a hacer yo ahora mismo, tú conduce despacio y tú vigila”.

En un momento había atado las muñecas y los tobillos de la pobre Nancy a unas barras de madera, amordazándola, arrancándole el resto de la ropa y dejando únicamente en su sitio las botas y el gorro de Papá Noel.

En un minuto más él mismo se había quedado desnudo como su madre lo trajo al mundo.

Si realmente existe un prototipo de shock, capaz de romper todos los esquemas de una persona, sería el que sufrió nuestra protagonista al despertar y encontrarse desnuda, inmovilizada y abierta de piernas, con un negro encima, tan feo y maloliente como musculoso, a punto de violarla.

Pensó que no era más que una pesadilla, pero la dolorosa penetración que ponía fin a su virginidad la devolvió a la realidad.

Pero no era algo pasajero ni mucho menos, aquel negro parecía poseer pilas alcalinas, y aunque había notado su semen circular por su interior parecía no quedar saciado nunca.

Para postre agarraba sus pechos con un par de negras manos como tenazas mientras le susurraba al oído las mayores obscenidades que hubiera podido imaginar.

Para colmo, la desgraciada no podía quitarse de la cabeza el sermón, según el cual, al haber perdido su virginidad fuera del santo matrimonio, iría derecha al infierno.

Al cabo de un tiempo interminable, fue el turno del pelirrojo, que como ya no podía desvirgarla se esforzó en hacerla sufrir de mil maneras mientras la violaba.

Mas tarde el moro, con su enorme pene la hizo sentir como si volvieran a desvirgarla.

Mientras tanto, el furgón callejeaba lentamente, porque aquellos individuos sabían que de haber estado parado alguien podría haber apreciado los leves movimientos que los golpes de pelvis imprimían a la suspensión.

Era como un “vía crucis” en que se hubieran sustituido los latigazos por violaciones.

Al final pararon aparentemente saciados, pero el sádico pelirrojo tuvo la idea: ¿Y el culito, que no se lo desvirgamos?.

Dicho y hecho, la propuesta les dio nuevos ánimos, la volvieron boca abajo como si fuera una tortilla, notó un dedo áspero introduciéndole un lubricante espeso en el ano, y vuelta a empezar, nueva humillación y más dolor si cabe.

Finalmente, agotados, pararon el furgón en un lugar discreto y mientras comían unos bocadillos acompañados de cervezas se pusieron a decidir, que harían con “el paquete”.

“A mí me sabe mal cargarme una tía tan buena, pero que remedio”, dijo el negro.

“Ojo con el rollo, porque una violación puede ser quince años pero por asesinato te mandan a la freidora” añadió el pelirrojo.

Finalmente, el moro tuvo la idea: “Solucionado, que otros hagan el trabajo por nosotros, la mandamos al infierno, con unas cuerdas y desde arriba ni nos verán, cuando quieran subir a ver qué pasa nos habremos pirado, aunque tampoco se van a preocupar mucho de quien les manda el regalo”.

El llamado “infierno” era un lugar bajo un enorme puente en el que se reunía, e incluso vivía, lo peor de la ciudad.

Ningún simple vagabundo medio decente se hubiera atrevido a acercarse a ese antro, habitado solo por verdadera chusma de la peor calaña.

La policía conocía su existencia, pero, como decía el comisario: “Mejor es tenerlos concentrados en un rincón escondido que no repartidos por toda la ciudad”.

El furgón aparcó en el vial que pasaba por encima del puente. Comprobaron que nadie los viera, y con la rapidez de la gente acostumbrada a las prácticas delictivas descolgaron a la pobre Nancy, aún atada a las dos barras de madera con los brazos y piernas en forma de aspa y ataviada solo con sus botas y gorrito de Papá Noel.

Cuando notaron que había tocado fondo, soltaron la cuerda que cayó al suelo como serpiente que se enrosca, pusieron el furgón en marcha y partieron, comentando entre risotadas la sorpresa que se habrían llevado los de abajo, “Pues la que se va a llevar la pava esa aún será mayor”.

Como delincuentes experimentados que eran, se acercaron a un descampado, recogieron las mantas sobre las que había estado tendida la

chica y los restos de su ropa, los metieron en un bidón abandonado y les prendieron fuego junto con varios litros de gasolina, “Hala y que busquen”, fue su último comentario al respecto.

Cuando la sacaron al exterior, Nancy vio que estaba ya anocheciendo, o sea, “El paseo” había durado todo el día, a pesar de que en aquel tiempo los días eran muy cortos.

La chica estaba realmente aterrorizada al comprobar que la estaban descolgando hacia la negrura, atada en esa posición tan vulnerable.

Casi hubiera deseado que la hubieran devuelto al furgón y la siguieran violando, porque aquello era lo malo conocido, pero esto podía ser lo peor por conocer, y la verdad es que no andaba muy desencaminada.

Al llegar la noche, la gentuza que habitaba aquel antro había encendido un par de fogatas en bidones, que con su resplandor ayudaban a que aquel lugar pareciera un verdadero infierno.

Se disponían a comer alguna cosa, beber e inyectarse muchas otras y andaban bromeando sobre si Papá Noel vendría a traerles regalos aquella Navidad, “No se atreverá, pero si viniera yo lo primero que haría es matar un reno y comérmelo”.

“Y yo darle por culo, que tan gordo y sonrosadito debe dar gusto”.

“Pues yo le abriría las tripas a navajazos, por cabrón”.

“Hecho, si viene... Primero nos comemos el reno, luego le damos por culo y al final lo matamos a navajazos”.

Así andaban entre risotadas, cuando vieron aparecer a la chica que rápidamente quedó tendida en el suelo.

Durante los primeros segundos se quedaron mudos, luego miraron hacia arriba y oyeron el sonido de un motor que se alejaba.

Finalmente, uno dijo: “Hostia, esto es mejor que dar por culo a Papá Noel”.

Entonces se desató la locura y se lanzaron todos sobre la desgraciada muchacha.

Al ver el lugar con sus fogatas y aquella gente asquerosa abalanzándose sobre ella, lo primero que Nancy pensó es que había entrado en una especie de película de zombis. No era cierto, pero poco le faltaba.

Tras la violación de la furgoneta, pensó que ya le podía pasar nada peor excepto la muerte.

Pero se equivocaba, porque un solo hombre fornicando con ella aún tenía algo de natural, pero aquella horda, practicando mil guarradas a la vez con su cuerpo, era mucho peor.

Pero por malo que sea algo, siempre existe una cosa peor. Tras unas horas, el alcohol, las pastillas y otros elementos, (Que para celebrar la fiesta sus poseedores compartieron con extraña generosidad) surtieron efecto, y aquellos engendros comenzaron a caer en coma etílico.

Pero algunos de ellos, detrás suyo, hacían planes para el futuro, y a pesar de las abominaciones que estaba sufriendo, Nancy no podía por menos que prestar atención, porque era su vida la que estaba en juego: “¿Y mañana que hacemos con esta pava?”.

“Pues nos la follamos otra vez”.

“¿Y luego?”.

“Luego nos la cargamos y la enterramos por ahí”.

“Sí y luego la encuentran y nos joden, mejor la quemamos en un bidón y las cenizas las echamos al río, y que busquen”.

“Vale, pero la quemamos viva que es más divertido”.

Cuando el último de ellos cayó exhausto, Nancy lo tenía claro, si no conseguía soltarse y escapar estaba perdida.

Recordando las enseñanzas de su padre, se concentró en liberar una sola mano, pero las cuerdas estaban muy apretadas y tuvo que desistir con un gemido de dolor que se escapó por entre su mordaza.

En ese momento percibió el movimiento de una sombra que se acercaba. Luego lo vio mejor, era un chucho negro de aspecto miserable.

Por un momento temió que fuera a morderla, pero el gemido de lástima del pobre animal la convenció de lo contrario.

Aquel perro huidizo vivía en el filo de la navaja, si aquella gentuza lo hubiera atrapado lo habrían matado de una paliza, pero cuando caían borrachos siempre podía conseguir un resto de comida.

Además, en aquella zona nunca se hubieran atrevido a merodear los laceros de la perrera.

El animal se acercó tímidamente, sentía compasión por el dolor de la muchacha, hizo lo único que podía, lamerle la magullada mano lacerada por las cuerdas.

Tal vez por aquella saliva Nancy notó que la mano resbalaba unos milímetros hacia atrás por entre las cuerdas, dio otro tirón y otro, hasta que logró soltarla.

Con aquella mano libre no le fue difícil soltar la otra, luego un pie y el otro, se apresuró, tenía que huir antes de que despertaran, antes que nada, se acercó al perro que temblaba de miedo pero no huyó, y le dijo en voz baja: “Gracias, tú eres la única buena persona de este lugar”.

De un montón de harapos que había en un rincón escogió una gabardina medio destrozada y dos zapatillas deportivas de distinta marca y color.

Subió por el inclinado terraplén hasta llegar a la avenida, el perro se la quedó mirando como preguntando: ¿Puedo ir contigo?, Pero como ella no le dijo nada se retiró tristemente entre las sombras.

Caminó deprisa y por lugares poco transitados, las punzadas de dolor le taladraban el cuerpo, por suerte la casa de su padre no estaba muy lejos y la hora intempestiva le ayudaba a pasar inadvertida.

Buscó la llave detrás del ladrillo, suspirando de alivio al encontrarla, entró y por un instante contempló aquella casa que tantas veces había visitado.

Todo estaba igual que la última vez, como si su padre solo hubiera salido un fin de semana.

¡Qué razón tenía aquel buen hombre y que cantidad de idioteces le habían inculcado su madre y el reverendo!.

La Nancy bobalicona hija de su mamá había muerto y había nacido una nueva Nancy, digna hija de su padre.

Sin perder el tiempo se duchó con agua muy caliente, en el extenso botiquín del viejo encontró analgésicos para el dolor, cicatrizantes, y todo lo que pudo necesitar, la medicación junto con un par de latas de bebida energética le aliviaron bastante.

Acto seguido bajó al subsótano, su mente razonaba fría como el hielo y eficiente como un comando.

Se vistió con botas militares, mono negro y gorro convertible en pasamontañas. Curiosamente su padre había dejado en el armario hasta ropa interior de su talla, como si pensara que podía necesitarla.

Luego seleccionó las armas: Dos pistolas de gran calibre, dos de pequeño, una metralleta corta y otra media, gafas de visión nocturna, chaleco antibalas y finalmente el arma más peligrosa, unas bolsas de cocaína pura.

Cargó todo en el todo terreno, que tal como había predicho su padre, arrancó a la primera.

Antes que nada, se acercó a su propia tienda, aquel barrio residencial por la noche estaba desierto.

El asqueroso muñeco origen de todas sus desgracias aún colgaba de la fachada mostrando su sonrisa maliciosa, acopló un silenciador a la pistola, apuntó decididamente y lo pulverizó con tres disparos, mientras decía con los dientes apretados: “Ya no me joderás más”.

Acto seguido se perdió entre las callejuelas. Si algún vecino oyó caer los trozos de cerámica, cuando acertó a mirar por la ventana, ella ya se encontraba lejos.

Cuando condujo el vehículo hacia el puente bajo el que se encontraba “el infierno”, comenzaba a despuntar el alba.

En ese instante recordaba las enseñanzas de su padre, a las que en su momento no hizo caso y sin embargo ahora le parecían verdaderos tratados de supervivencia: “La ley y la justicia no siempre podrán ayudarte frente a la delincuencia, es más, a veces aún te dejarán más desamparada ante a tus enemigos, es como jugar una partida de cartas con gente que hace trampas sistemáticamente, por eso has de valorar cada situación y ver cuál es el camino más conveniente”.

Si denunciaba las vejaciones a las que había sido sometida, no podría probar quienes lo habían hecho.

Es más, a la mayoría ni siquiera les había visto la cara, y padecería la vergonzosa exposición pública de las obscenidades que le habían practicado.

Ella, la víctima quedaría marcada para siempre y sufriría las preguntas e insidias de los abogados defensores, mientras que la mayoría de sus verdugos serían absueltos por falta de pruebas, y tampoco podría probar que planeaban asesinarla, evidentemente ese no era el camino.

Al llegar, aparcó en un callejón cercano y apagó las luces, tomó la bolsa con todo el equipo. Con el gorro calado era casi una sombra más en la noche.

Descendió por el terraplén por donde hace poco había escapado. Se detuvo a media pendiente, donde quedaba oculta de los que pasaban por la avenida superior y de quienes se encontraban abajo.

Se equipó lentamente, las metralletas colgadas en bandolera como bolsitos de muerte, pistolas cortas en el bolsillo del pantalón y las largas en el cinturón, pasamontañas calado y gafas de visión nocturna.

Descendió en silencio inundada de una rabia fría, se sentía como un ángel vengador.

Al llegar al nivel más bajo observó que todos dormían aún la borrachera.

De los fuegos solo quedaba el rescoldo, con lo cual, el lugar estaba sumido en una penumbra casi total.

Estaban tan seguros de que nadie se aventuraría en aquel lugar que ni se molestaban en mantener vigilancia.

Sin contener la furia que la inundaba, dijo en voz alta: “Ha llegado el juicio final bastardos”, al tiempo que con la metralleta corta en bandolera disparaba sobre los bultos más cercanos.

Actuó como si se tratara de uno de los ejercicios de su padre, fría y sistemáticamente, por orden y sin dejar ningún enemigo atrás.

Muchos murieron sin apenas despertar: Los que intentaron repeler el ataque con sus armas, con la mente turbia y los ojos cegados no tuvieron oportunidad alguna.

Al contrario, sus propios fogonazos en la oscuridad los delataron convirtiéndolos en un blanco fácil.

Solo uno consiguió acertar, pero el chaleco antibalas de la chica detuvo la munición de pequeño calibre como si fuera una canica, una ráfaga le impidió efectuar un segundo disparo.

Lo supervivientes escaparon hacia el fondo, pero no había salida, la pared vertical la hacía imposible, ahora le tocaba el trabajo al fusil ametrallador.

Nancy no pudo evitar recordar esos juegos virtuales de matar zombis, a los que su padre la llevaba de adolescente.

Cuando ya no percibió movimiento alguno se permitió ir avanzando hacia el fondo, con una de las pistolas de gran calibre en cada mano, fue reventando sistemáticamente todas las cabezas de aquellos cuerpos retorcidos por más muertos que parecieran, no había que dejar nada al azar, no podían quedar supervivientes.

Faltaba el toque final, unas cuantas bolsitas de cocaína rotas esparcidas estratégicamente proporcionarían el móvil. Luego agrupó un montón de harapos, en el lugar donde había sido violada, junto con las cuerdas, las varas que la sujetaban y el gorrito y las botas de Papá Noel que tan funesto recuerdo le traían.

Roció la pila con un combustible que según su padre alcanzaba una temperatura muy elevada, capaz de borrar cualquier huella orgánica, se apartó y lanzó un mechero encendido, la luz rojiza y azulada de la hoguera y los cadáveres ensangrentados daban al lugar un aspecto de infierno total.

Fue el repentino resplandor de aquella hoguera, lo que le hizo percibir una sombra moviéndose discretamente hacia el exterior.

Pensaba no haber dejado nadie con vida, pero eso tenía arreglo. Apuntó, y se detuvo de inmediato, felicitándose de no haber sido tan rápida en disparar, porque aquella sombra negra tenía cuatro patas.

Se agachó de inmediato y lo llamó con su voz más dulce: “Chucho, ven aquí bonito”.

Es un misterio el porqué, aquel animal tan huidizo y desconfiado, se aproximó a la persona que acababa de realizar semejante matanza, pero así fue, tal vez algunos perros pueden ver el alma de las personas a través de las apariencias.

Lo abrazó sin importarle lo sucio y maloliente que estaba, y los parásitos que sin duda tendría, se puso en pie y le dijo: “Vamos, ven conmigo”.

El inteligente animal intuyó que posiblemente esa sería su única oportunidad de salir bien librado en la vida y caminó a su lado como si la conociera de siempre.

Nancy se detuvo a medio camino para recoger el equipo en la bolsa y siguieron hacia el coche.

Aunque había mayor claridad y comenzaba a circular algún vehículo solitario, ellos eran dos sombras negras caminando entre las sombras y nadie les prestó atención.

Al llegar al vehículo Nancy abrió la puerta trasera y solo tuvo que murmurar un “Sube” para que su nuevo amigo saltara a los asientos traseros.

Recogió todo el equipo en la bolsa incluyendo botas y mono, se vistió un tejanos y jersey viejos y se puso en marcha con toda tranquilidad.

Fue casi llegando a la casa cuando observó un coche de policía cruzado en la calzada, un agente estaba situado a un lado, con su fusil a punto de disparar. El otro, que permanecía de pie en mitad de la calle, le hizo una enérgica señal para que se detuviera. Seguramente alguien habría dado el aviso de la masacre y estaban haciendo redada.

El policía se acercó tensamente con una mano cerca de la pistolera, aunque se fue relajando cuando observó que quien conducía era una chica joven, rubia y además atractiva, aunque vistiera muy descuidada.

Al llegar a su lado su voz sonó inquisidora pero amable: “Buenos días señorita, por favor dígame de donde viene y a donde se dirige”.

Nancy le respondió con una suave sonrisa y voz cansada: “De hacer una bobada agente”.

Señaló hacia atrás y continuó: “Ayer me dijeron que este pobre desdichado vagaba con una mirada de pena capaz de conmover a una serpiente, y la tonta de la Nancy no hubiera podido dormir tranquila si no sale a buscarlo”.

El policía iluminó con su linterna los asientos traseros y sonrió al ver el desgraciado animal que al ser enfocado temblaba de miedo”.

“No se considere usted tonta señorita, si hubiera mucha más gente como usted esta ciudad sería mucho mejor de lo que es”.

Nancy sonrió pensando que aquel hombre tenía razón, pero sobre todo por motivos distintos a los que él pensaba.

“Y bien, ¿Lo va a llevar a la institución municipal?”.

“Agente, no me vestido así y me he pasado horas, antes de entrar a trabajar, recorriendo descampados para que ahora lo sacrifiquen en la perrera”.

“Entonces ¿Lo dará en adopción?”.

“Y quien va a querer a este desdichado, si fuera un cachorrillo de raza me lo quitarían de las manos, pero un pobre chuchó, se lo tendrá que quedar la tonta de la Nancy, me lo llevo a casa, mejor dicho, a casa de mi padre”.

“¿Vive su padre por aquí?”.

“Vivía, era el sheriff Jones que murió el año pasado”.

“Ya sabía yo que la conocía de algo, la vi en el entierro de su padre, y me disculparé, pero a pesar de las circunstancias no pude evitar fijarme en una chica tan guapa como usted”.

“Gracias por el cumplido, pero después de perseguir al amigo por varios descampados, debo estar hecha un asco”.

“Pues no la entretengo más, ¿Ha visto algo extraño esta madrugada?”.

“Lo normal, algún borracho, algún coche circulando a velocidad excesiva, pero iba a lo mío y no me he fijado demasiado”.

“Pues adelante y que tenga un buen día”, hizo un gesto a su compañero que apartó el coche patrulla y la muchacha avanzó sin mostrar prisa alguna.

El policía que había permanecido al margen preguntó a su compañero: ¿No teníamos que registrar el maletero de todos los vehículos?.

“No digas gilipolleces, es la hija del sheriff Jones que viene de recoger un perro perdido, es un alma bendita, ¿Cómo quieres que la registre?, Su padre se cagaría en mí desde el otro mundo”.

“Ah, vale”.

La antigua Nancy ante una situación así se hubiera puesto histérica, aunque su única culpa fuera un aparcamiento incorrecto, pero aquella mentalidad había muerto y la nueva era una guerrera templada, que dijo entre dientes: “De momento la partida está veinticuatro a uno a mi favor, habéis matado a la tonta y yo os he matado a vosotros, ¿Quién sabe?, igual hasta me habéis hecho un favor, pero aún me faltan tres por lo menos”.

Al llegar a casa estableció un orden muy preciso, primero esconder el equipo en el subsótano, luego le dijo al perro: “Antes que nada hay que buscar comida para ti, porque con hambre atrasada no se puede estar por otras historias”.

Por suerte la despensa de su padre parecía estar preparada para resistir un asedio. Una lata de lentejas mezclada con otra de salchichas y un bol de

agua fresca, acabaron de convencer al perro de que aquella mujer era su hada madrina.

Luego llamar a su socia, que estaba convencida de que su compañera había tenido una rabieta por no haber querido ayudarla y la había plantado, “No Sara, por favor, ¿Cómo puedes pensar eso, simplemente me caí de la escalera porque apenas llegaba a colgar el muñeco, me di un golpe en la cabeza y me puse en pie medio atontada, en lugar de acertar a entrar a que me ayudaras, fui como en trance hasta la casa de mi padre, me curé como pude y me quedé dormida todo el día, no te preocupes, estoy bien, pero voy a ir al hospital a que me hagan pruebas por si tengo algún derrame interno, ¿Podrás hacerte cargo de la tienda dos o tres días mientras me recupero?”.

“Claro que sí, faltaría más, siento mucho el no haberte ayudado, pero hay cosas que me dan muy mal rollo, además tengo que darte una noticia, esta noche algún gamberro ha roto el maldito muñeco, y te juro que yo no he sido, me sabe mal por el trabajo que tuviste para colgarlo, pero en parte estoy aliviada”.

“¿Sabes Sara?, No debería decírtelo, pero posiblemente llevabas razón con lo de la mala suerte, fíjate que golpe me he dado por colgarlo”.

“¿Quién sabe Nancy?, igual yo te condicioné sin querer con lo de la mala suerte, tú ya ibas nerviosa y eso provocó el desequilibrio, la verdad es que me siento culpable así que tómate una semana si quieres que yo aquí aguanto el tipo como una leona”.

“Eres un sol, pero vendré lo antes que pueda y, por cierto, me mudo a casa de mi padre por si necesitas algún recado”.

“¿Con el apartamento tan coquetón que tienes te vas a esa casona?”.

“Bueno sí, es que además cuando estaba llegando me encontré un perrucho abandonado y lo he adoptado, y por cierto no digas nada del golpe a mi madre, bueno ni a nadie”.

“Realmente el golpe te ha afectado, en cuanto al perro... ¿No será de esos bichos que traen mala suerte?”.

“No, éste trae buena suerte, te lo aseguro”.

Siguiente paso, miró al perro y le dijo: “Te llamaré chucho, porque eres un chucho, así que vamos que hay mucha faena que hacer contigo”.

Improvisó un collar-correa con un cinturón de cuero de su padre y lo llevó a una de esos mega-comercios especializados en animales.

Conocía a la dueña como cliente de su tienda y se fue directamente hacia ella con una sonrisa: “Te traigo un cliente”.

La mujer lo miró horrorizada: “¿Pero de donde has sacado a este pobre?”.

“De un estercolero, necesito de todo: Servicio de peluquería, desparasitado, revisión veterinaria, vacunas, documentación a mi nombre, una cama, una casita de jardín para el buen tiempo, un collar y una correa”.

“¿Y bozal no?”.

“¡Que dices!, si es más bueno que el pan, a la tarde vengo a por él”.

Ahora me toca a mí, pensó. Buscó en la guía una clínica adecuada en una población vecina y se dirigió hacia allí.

Se registró con un nombre falso y con un aire algo tímido que sabía interpretar muy bien, explicó al doctor: “La verdad es que no estoy acostumbrada a viajar ni a salir de mi ambiente, ni a tomar bebidas exóticas, hice un viaje, ahora no importa donde, y el último día para celebrar mi despedida me emborraché por completo y me metí sin saber cómo en una orgía, ahora estoy preocupada por si he contraído alguna enfermedad o estoy embarazada”.

El médico le dijo con aire paternal: “No te preocupes, eso le puede pasar a cualquiera, no tienes que martirizarte por ello, ahora nos pondremos contigo, y cuando salgas de aquí sabrás exactamente lo que tienes y lo que no tienes”.

Pruebas, exploraciones, más pruebas, análisis, y al cabo de muchas horas el doctor le dijo con aire sonriente: “Bueno, estás como si te hubieras caído en una hormigonera, desgarros vaginales y anales, escoceduras internas y externas, arañazos, hematomas, pero la buena noticia es que no estás embarazada ni has contraído ninguna enfermedad”.

“Buff, que alivio”.

“Y ahora cuidadito donde te metes”.

“Una y no más doctor, se lo puedo asegurar”.

Pagó en efectivo, condujo a toda prisa los cuarenta kilómetros que le separaban de su ciudad y llegó a la tienda de animales cuando casi cerraban.

La dueña le dijo entre aliviada y divertida: “Pensaba que te habías arrepentido y me lo dejabas aquí”.

“Ni por todo el oro del mundo”.

“Si que le has cogido apego rápido”.

“Soy así de impulsiva”.

“Bueno, eres afortunada, en la primera exploración y análisis rápidos, no aparece ninguna enfermedad, has tenido suerte recogerlo”.

“No lo sabes tú bien”.

“Está algo hecho polvo en general, de la mala vida que ha debido llevar, pero eso te encargarás tú de arreglarlo”.

“Puedes apostar a que sí”.

“Pues pasa a verlo”.

Algo escuálido, pero lavado, peinado y con su flamante collar rojo parecía otro.

“Pero ¡Qué bonito que es mi perro!”, exclamó Nancy alegre como una niña, “Que me lo carguen todo en el coche y cóbrame que nos marchamos”.

Al día siguiente preparó cuidadosamente la parte más delicada de su actuación. Las noticias hablaban de una terrible masacre llevada a cabo por verdaderos profesionales por una cuestión de drogas, eso significaba que su plan comenzaba a funcionar.

Sacó del subsótano las armas que había utilizado en la masacre, las limpió cuidadosamente y las puso en una bolsa de las que su padre tenía precintadas como “Limpias”, sin ningún residuo identificador.

Añadió una generosa porción de bolsitas de cocaína, se maquilló con una tonalidad oscura, recogió su pelo y se colocó una peluca color castaño, casi negro, unas gafas de sol, ropa deportiva, calzado que le permitiera salir corriendo, unos guantes finos y completó el equipo con un pequeño revolver en la chaqueta, de los que no había llegado a utilizar.

Cargó todo en su pequeño cochecillo utilitario y se puso a dar vueltas tranquilamente por los extrarradios de la ciudad, sin prisa alguna.

Aquel día no tuvo suerte, pero en la madrugada del siguiente, la cosa cambió.

Un furgón de color crema desvaído se acercaba lentamente en dirección contraria a la suya, el corazón comenzó a latirle más aprisa.

Cuando llegaban a su altura los reconoció a la perfección, el negro, el moro y el pelirrojo sentados en los asientos delanteros, como los tres reyes magos, escudriñando el entorno como aves de rapiña.

Por un instante pensó que la reconocerían, pero acto seguido se calmó, era imposible, su aspecto no tenía nada que ver con la chica del otro día.

Hubiera querido parar y dispararles, pero en lugar de eso siguió su marcha tranquilamente hasta la próxima rotonda donde cambió de dirección y les siguió muy de lejos.

Pararon ante la tapia de una fábrica, uno de ellos saltó ágilmente. Al cabo de unos minutos asomó haciendo una seña a los otros que se encaramaron como gatos.

Era su momento, le bastaba con tres minutos de reloj, acercó su coche a la furgoneta con el menor ruido posible, tomó la bolsa que había preparado y se coló sigilosamente en el furgón, la colocó bajo uno de los asientos tapándola con una manta vieja de las que llevaban.

El recuerdo de lo que allí dentro había sucedido le martilleaba la cabeza, hubiera querido esperar y dispararles con su pequeño revolver cuando volvieran, pero su venganza debía ser más fría, más sofisticada y con menor riesgo para ella, sino no hubiera sido completa.

Montó en su vehículo y partió despacio, cuando llevaba doscientos metros recorridos vio por el retrovisor como aquellos individuos sacaban algunos bultos por encima de la valla.

Genial, violadores, ladrones y ves a saber cuántas cosas más serían.

Cuando se hubo alejado del lugar, paró en una cabina telefónica, conectó el aparatito distorsionador de voz que su padre le había enseñado a manejar, e hizo la llamada: “Policía, es muy importante, los he vuelto a ver, los mismos que abandonaron el lugar donde ocurrió la masacre. Un negro, un

pelirrojo y un tercero de tez oscura, fuertes, de mediana edad, llevan un furgón viejo de color crema, apunte la matrícula por favor....”.

“No quiero identificarme, tengo miedo”, y seguidamente colgó.

Sabía que no habían tenido tiempo para localizar la llamada y cuando lo hicieran, ella ya estaría muy lejos. Además, en aquella hora la calle estaba desierta y nadie la había visto en la cabina.

Volvió a casa de su padre, destruyó la peluca y los guantes y se dispuso a pasear con su perro que la había recibido como a la reina de Saba.

Los ladronzuelos estaban contentos, el material robado en la fábrica les reportaría unos buenos dólares en el mercado negro.

Andaban comentando la jugada: “Mira que son bobos, no poner un sistema de alarma, como si los candados sirvieran de algo ante una buena palanca”.

“Regalos de Navidad, muchachos, como la pava que nos follamos el otro día”.

“Oye sí, hablando de ella, unos gánsteres se cargaron a toda esa chusma porque se ve que les robaron droga, pero de la tía esa las noticias no dijeron nada”.

“Pues eso es porque después de jugar con ella un buen rato se cansaron se la cargaron y está enterrada por algún sitio, o los matones se la llevaron”,

“¿Y que habrán hecho con ella?”.

“Pues se la estarán follando hasta que se cansen, luego zapatos de cemento y viajecito por mar solo de ida, porque no van a dejar viva una testigo, esos profesionales trabajan así”.

“¿Y no pudo escapar?”.

“De esa gentuza que había abajo no escapa ni una mosca, y más atada como la bajamos”.

“Sea como sea está follada hasta por las orejas y en compañía de los angelitos”.

El pelirrojo se puso serio para decirles: “Tener en cuenta una cosa, pase lo que pase, aunque un día nos cogieran por otro tema, nunca, nunca hablaremos de esa tía, porque no nos ayudaría en nada y por el contrario

nos agravaría la situación. Además, en la cárcel a los violadores lo primero que hacen es darles por culo”.

“¿Por qué?”.

“Pues porque dentro hay muchos tíos que tienen novias, mujeres, hermanas o hijas, y sienten que no las pueden proteger, así que cuando entra alguien que ha estado violando tías por ahí se ceban con él, ósea que el asunto de la mamá Noel escocida muere con nosotros”.

“De acuerdo”.

Estaban aún riendo la gracia, cuando se les cortó la risa en seco, porque dos coches de policía les habían cortado el paso y otros dos los cerraban por detrás.

En cuatro segundos les rodeaban una docena de agentes apuntándoles con sus armas, el negro acertó a decir: “Joder, conque no había alarma en la fábrica, habría cámaras y no las vimos”.

En segundos estaban esposados, tumbados en el suelo y con un agente leyéndoles sus derechos.

Mientras tanto un equipo técnico vaciaba el furgón, sin embargo, no parecían prestar demasiada atención al material robado. Finalmente, uno gritó desde dentro: “Creo que lo tengo”, y salió con aire triunfal enarbolando la bolsa negra escondida bajo el asiento.

El inspector la abrió cuidadosamente y silbó al ver el contenido, se lo enseñó a los malhechores diciendo en tono sarcástico: “¿Para cazar conejos verdad?”.

Los tres se habían quedado con cara de idiotas al ver las armas y las bolsitas de polvo blanco.

El pelirrojo acertó a decir en un balbuceo: “Le juro por mi madre que eso no es nuestro”.

“¡Pero si tu madre era una rata, que leches juras!, Vamos a comisaría que me tenéis que explicar muchas cosas”.

Al día siguiente, Nancy aprovechando la generosa oferta de su socia estaba haciendo la mudanza desde su apartamento hasta la casa de su padre, aparcaba frente al garaje el todo terreno atestado de cachivaches, cuando se le acercó un hombre uniformado.

Reconoció de inmediato al policía que la había parado a la vuelta de la fatídica noche.

En un tono alegre le dijo: “Buenas tardes agente, ¿Viene a preguntarme otra vez si he visto algo?”.

“No por supuesto, ya sé que en su día me explicó todo, además ya les hemos pillado”.

“Eso sí que es eficiencia”.

“En estos casos la colaboración ciudadana es vital, en realidad yo no venía por ninguna misión oficial, sino que he acabado el turno y venía a ver...”.

Nancy sonrió abiertamente: “A ver como estaba el perro”.

“Exacto, a eso venía”.

“Pues pase que se lo muestro y de paso como ha terminado el turno podemos tomar una cerveza, y... Lo más importante de todo...” le dijo guiñándole el ojo (En este punto el aplomo del policía profesional que interpelaba severamente a la gente se había esfumado por completo) “¡Me puedes ayudar a descargar los trastos!”.

“Por supuesto señorita, faltaría más”.

“Y no me llames señorita, para alguien que me ayuda en la mudanza soy Nancy”.

Días después, el inspector comentaba con el fiscal el llamado ya: Caso de la masacre del infierno.

“Dirá que soy puntilloso, pero me parece que en este caso falta alguna pieza por colocar. Ha sido tan sencillo resolverlo que me da mala espina, siento como si a esos tres desgraciados les hubieran cargado el mochuelo y los verdaderos autores estuvieran ahora riendo en cualquier parte”.

“Mira muchacho, tu pundonor te honra, pero en todas las profesiones hay que saber esforzarse, y más importante aún, saber parar en su momento justo y no marear más la perdiz, tenemos las armas y el resto de la droga, los autores están fichados por veinte causas, ¿Qué más quieres?. Además, te voy a ser muy sincero y esto quedará entre nosotros, suponiendo que lo hubiera hecho un profesional y se lo hubiera cargado a esos pringados, nos ha hecho un favor a todos”.

“¿Un favor?”.

“No lo dudes. Los muertos eran verdaderos desperdicios humanos, aquel lugar era foco de bribonadas de toda clase, y los tres reyes magos, como ya les llaman los muchachos, unos rateros, hampones y lo que quieras más, así que otro grupillo mafiosete fuera de circulación. Aparte tenemos a la opinión pública tranquilizada y contenta por vuestra eficacia, y lo más importante, gracias a este asunto se destinarán fondos y recursos para sanear cualquier otro foco de delincuencia, se aplicará la ley de mano dura y tolerancia cero, tendremos una ciudad más limpia donde el buen ciudadano podrá vivir tranquilo, así que si esos supuestos profesionales, que tú imaginas que pueden ser los autores reales, no vuelven a delinquir en nuestra ciudad, por mí tienen mi bendición”.

“Le comprendo, pero entienda que como inspector me gustaría llegar al fondo del asunto”.

“Haz lo que quieras, pero si remueves la mierda tendré que hablar con tu jefe para que te aparte del caso”.

“No hará falta, sería absurdo que por una leve sospecha me liara en un jaleo y acabara con una mancha en mi expediente”.

“Celebro que lo hayas entendido, en esta ciudad necesitamos policías inteligentes y prácticos”.

Al día siguiente el agente Spencer, insistió en seguir ayudando a Nancy en el traslado, y al otro, y al otro, y a colocar las cosas en su sitio y finalmente se atrevió a invitarla a cenar.

En un momento de la velada ella le dijo: “Quiero ser absolutamente sincera contigo para que ahora que estamos en el principio, si crees que no soy la chica que te conviene lo dejemos correr, aunque lleguemos a ser novios, no soy la clase de chica con la que te podrás acostar fácilmente”.

Para sus adentros pensaba: “Por lo menos hasta que me haya curado por completo de las escoceduras, desgarros, etc.”.

Prosiguió diciendo: “Aunque he dejado de ir a la iglesia porque hay cosas que no me convencen, tengo mi propia moral y convicciones”.

“Por supuesto cariño, en ningún momento he pensado que fueras una chica fácil”.

Ella río para sí misma pensando: “Bueno, si se me ata bien si lo soy”.

Semanas después, nuestra heroína tenía que soportar los reproches de su madre mientras tomaban el té: “Desde que sales con ese policía has cambiado de una forma terrible”.

“¿Por qué lo dices?”.

“Dejas el apartamento tan mono que tenías alquilado y te vas a la casona de tu padre”.

“Así ahorro en alquiler y tengo espacio para mi perro”.

“Esa es otra, si aún fuera un perro bonito de raza, pero ese animal no es nada elegante”.

“Deberías estar contenta, al recoger un perro abandonado demuestro que tengo buen corazón”.

“Y luego ser novia de un policía, son diferentes a nosotras, yo me casé con uno y mira cómo me fue”.

“Mamá... los policías pueden ser diferentes a ti, pero no a mí, porque ya lo has dicho bien, he cambiado, no digo que ahora sea mejor ni peor, pero soy diferente, siento decírtelo crudamente, pero ahora estoy más cerca de papá que de ti”.

La madre se puso muy seria y finalizó la conversación diciendo: “Tu verás lo que haces. Se me olvidaba, tampoco vas a la iglesia, el reverendo me ha pedido que vayas a verle”.

“No te preocupes, la semana que viene iré”.

El reverendo recibió a Nancy con el aire severo de quien corrige a la oveja descarriada. Directamente le preguntó: “¿Hay alguna razón para que no vengas últimamente a los oficios?”.

“Por supuesto reverendo, la hay”.

“¿Y puede saberse cuál es?”.

“Si reverendo, he perdido la fe”.

“¿Ya no crees en Dios?”.

“En Dios si, aunque sus caminos a veces sean difíciles de comprender, lo que no creo es poder encontrarlo aquí”.

“¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?”.

“Sus sermones, reverendo”.

“¿Cómo mis sermones?”, levantó la voz el pastor.

“Como lo oye, ayer mismo vi un reportaje sobre lo que les sucede a muchas niñas en Somalia y me niego a creer que, por ser violadas por la guerrilla, Dios las vaya a mandar al infierno por no llegar vírgenes al matrimonio, también creo que si tienen ocasión de acuchillar mientras duermen a los soldaduchos que han torturado y matado a toda su familia, están en su derecho de hacerlo y por último si creen que la mala suerte existe, pobrecillas, ¿Quién se lo puede reprochar?”.

El pastor conocía a Nancy desde que era una niña, estaba convencido de que con una buena reprimenda volvería al redil, así que con voz fuerte, tono severo y mirada amenazante comenzó a decir: “¡Ahora escúchame bien, Nancy!”.

“Déjelo correr reverendo”, le cortó ella con voz suave, “Solo conseguirá que me enfade y le acabe contestando mal, y no me gustaría que acabáramos así esta entrevista”.

Nunca más volvió a la iglesia y cuando al año siguiente se casó con el agente de policía, lo hizo solamente por el juzgado.

Meses después se dictó sentencia por el caso de la masacre del infierno.

A pesar de que en aquel estado existía la pena de muerte, las reticencias del inspector dejaron una cierta huella en el fiscal, que mantuvo un cambio de impresiones con el juez y finalmente fueron condenados a cadena perpetua, porque si algún día aparecía una evidencia nueva siempre se les podría excarcelar, pero si estaban muertos no habría nada a hacer.

Para los tres hampones casi hubiera sido mejor que los ejecutaran. En el presidio había docenas de amigos, colegas, o incluso familiares de alguno de los asesinados bajo el puente, los cuales se encargaron de que su vida entre rejas fuera un calvario.

Al año siguiente el moro apareció muerto de una paliza brutal, meses más tarde el negro se suicidaba y, por último, para evitar el escándalo, el pelirrojo tuvo que ser confinado en una celda de aislamiento total, para el resto de su vida.

Nancy fue una buena esposa y una madre feliz, ya que años después dio a luz una niña preciosa, rubia como ella.

A los cuatro años la llevó a practicar artes marciales y no permitió que su abuela la llevara a la iglesia ni la influenciara demasiado.

Chucho llegó a vivir diez años más y fue un excelente compañero de juegos para la cría.

A su marido nunca llegó a comentarle nada del suceso que había cambiado su vida, ni de la existencia del subsótano, porque según pensaba, la sinceridad es una medicina peligrosa, que se debe administrar con sabiduría.

FIN...